

Bibliografía

LUIS MICHELENA. *Palabras y textos*. Universidad del País Vasco. Bilbao 1987. 492 páginas.

Este libro, recopilación de artículos del sabio de Errenteria, es el *pendant* de *Lengua e historia*, que apareció en 1985 gracias a José Antonio Pascual en la editorial Paraninfo de Madrid. Si en *Lengua e historia* se reunieron sobre todo trabajos de «Lingüística teórica, problemas y métodos de reconstrucción, gramática castellana y lenguas prerromanas», como dice la contraportada, en *Palabras y textos* se presentan contribuciones sobre Filología vasca, dando al sustantivo un significado más amplio. Naturalmente, era y es muy difícil marcar las fronteras (que en rigor quizá no haya más que las administrativas) entre los dos libros. Así, en el tomo de 1985 se incluyeron, por ejemplo, «Guillaume de Humboldt et la langue basque», «Lat. s: el testimonio vasco» o aquella espléndida muestra de humor, sección Lingüística, que es la recensión del desafortunado, por emplear un término cortés, *Vocabulario vasco* de Griera. Como *Lengua e historia*, *Palabras y textos* contiene un epílogo, éste más extenso (veinticinco páginas) y con apartados sobre algunos de los trabajos. Sin embargo, hay que lamentar que ambas obras, donde se reúne un cúmulo muy importante de la doctrina vascológica de Michelena (para decirlo con la expresión de Corominas, en el prólogo de su *Diccionari*) carezcan de unos índices de palabras y morfemas, de cuya utilidad no habrá que convencer a nadie. Ni siquiera un equivalente del índice de nombres propios (de persona) y el conceptual del que venía provisto *Lengua e historia*, confeccionado por la Profesora Echenique, se ha añadido a *Palabras y textos*.

Palabras y textos, libro que su autor pudo ver recién salido de las prensas unos días antes de fallecer, en octubre de 1987, contiene tres ámbitos mayores, como explica en un prólogo Joaquín Gorrochategui: cuestiones de toponimia, principalmente de Alava y Navarra; problemas de la historia de la lengua, y estudios de fonética, morfología y léxico. Cabe añadir la información de que se anuncian otros dos tomos con artículos de Michelena principalmente sobre cuestiones filológicas¹.

El volumen se abre con «Sobre historia de la lengua vasca», de 1982, escrito para un curso (¿de ese año?) de la Universidad Menéndez Pelayo. Se trata de una inteligente exposición de hechos, a modo de introducción, desde el período prerromano hasta la primera Edad Media, principalmente, exposición de alguien que ahí mismo declara ser «historicista confeso (por más que popperiano) [...] en materia de lengua» (p. 9). Es interesante señalar que el

1. Encaminadas estas líneas a la imprenta, digamos que ya están a la venta los dos tomos de *Sobre historia de la lengua*, Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián 1988.

autor, aunque bien consciente de la penuria de fuentes (y en la penuria hay que destacar que desgraciadamente lo que sabemos de la lengua empieza muy tarde), declara no «observar variación de mayor monta en las características nucleares» de la lengua (*e.l.*).

Como destino secular del euskara, Michelena habla (p. 12) de su carácter recesivo, echando mano del prólogo de Axular: *Orai badirudi euskarak abalke dela, arrotz dela, eztela iendar-tean ausart*. Sin embargo, uno sigue desconcertado precisamente por la frase siguiente, que Michelena también añade: *Zeren are bere herrikoen artean ere, ezpaitakite batzuek nola eskiriba eta ez nola irakur*. Si nos atenemos al tenor de lo que leemos, nótese que ahí se dice que *algunos no* sabían leer ni escribir en lengua vasca. Dicho de otro modo: pese a que la lengua no se atrevía a aparecer en público, en la documentación oficial, es probable que una mayoría estaría alfabetizada en euskara.

Merece la pena releer las opiniones de Michelena sobre la presencia o no de la lengua vasca en la Vasconia aquitana en tiempos pasados, en contra de lo que han escrito otros, por cierto, como él mismo indica, incluso Oihenart (p. 15). Aquí la evidencia parece incontestable. Es en otras cuestiones donde las tinieblas imperan, y topamos con la alusión de otro vienés como Popper, Wittgenstein, a propósito de la lengua que se hablaba antes del galo («De lo que pudo haber por allí antes del galo, como nada sabemos, lo mejor es guardar silencio»). En el problema de la Alta Rioja, su posición es en este trabajo mixta: «yo me inclinaría por un término medio: la formación de un núcleo, unido entre otros vínculos por la lengua, por una emigración que empezaba a buscar una salida a las estrecheces a través de la barrera del llamado *limes* desde García Bellido durante el Bajo Imperio y que creció sin medida en los siglos confusos que siguieron» (p. 18). Es decir, lo que he llamado, en un trabajo en prensa, el *Drang nach Süden* del s. X se encontró con población, quizá no mayoritaria, de habla vasca, residuo de un desbordamiento del *limes*, acaecido tras la quiebra del Imperio. En un texto posterior, «Sobre la lengua vasca en Alava durante la Edad Media», *Vitoria en la Edad Media*, Vitoria-Gasteiz, 1982, p. 302, Michelena se hace eco de lo escrito por José María Lacarra, quien textualmente escribe «repobladores alaveses», lo que casa muy bien con el carácter occidental de la modalidad vasca observada al sur del Ebro. Sobre este asunto, figura en este mismo volumen la conferencia que Michelena había escrito ocho años antes, «Onomástica y población en el antiguo Reino de Navarra: la documentación de San Millán», ponencia presentada en una de las tristemente fenecidas (aunque de resurrección una y otra vez anunciada) Semanas de Estudios Medievales de Estella, la de 1974 (publicada en 1976). Quizá sea este texto la mejor muestra de la lectura atenta que Michelena hacía de las fuentes y estudios históricos, en esta ocasión principalmente el libro de José Angel García de Cortázar *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla*. Puestos a expresar *desiderata*, se echa en falta un estudio de conjunto acerca de estas cuestiones. Aunque todos queremos más, incluso mucho más, como en la canción, no parece que sea insuficiente como base el cúmulo de información, más o menos dispersa, de que disponemos.

De 1982 es también «Tipología en torno a la lengua vasca», un buen ejemplo de la vertiente teórica que indudablemente constituía una de las pasiones del autor: «Siempre he tenido debilidad por la teoría», leemos en la

p. 468, precisamente al comentar este artículo en el epílogo, y no será preciso recordar trabajos como *Lenguas y protolenguas*, de 1963, reeditado por las Universidades de Salamanca y Autónoma de Barcelona en 1986.

En «Lengua común y dialectos vascos», de 1981, volvía Michelena, *preuves à l'appui*, sobre el problema de la unidad fundamental de la lengua, cuyos dialectos, como dijo en otra ocasión, «para un comparatista [...] son, podría decirse, desesperadamente uniformes» (prólogo a *El libro blanco del euskara*, Bilbao 1977, p. 16). Claro que, entre nosotros, ha habido (no voy a escribir «imperado») la opinión contraria, con los papeles estelares asignados, por méritos propios, a Lacombe, Gorostiaga y, sobre todo, Uhlenbeck, tal como señala el mismo Michelena. Bien miradas las cosas, sorprende que esta opinión haya sido aceptada fuera de lo que genéricamente se designa el pueblo. Hasta ayer por la mañana, como quien dice, éste, privado de escolarización en lengua vasca, por mor de la enseñanza pública y privada, empeñadas en mantener la lengua vasca fuera de las aulas, ha encontrado más o menos extraño el euskara de apenas unas decenas de kilómetros de su casa. Pero, a nada que se recibe instrucción sobre la lengua vasca, ¿cómo no darse cuenta de que *ohoin*, *lohitu*, *jaio*, por ejemplo, se atestiguan aquí y allí desde los primeros textos? ¿Cómo no ver que la lengua es *una*, debajo de la delgada capa de diversidad? Entre otros ejemplos, Michelena cita aquí, p. 45, vizc. *axate*, «serás», equivalente exacto del *aizate* de Leizarraga, y, en el apartado del verbo auxiliar, vuelve (aunque no lo mencione, sin duda por modestia) como en *BAP* 16:2, 1960, p. 236 ss., sobre la vizcainía, primigenia, diríamos, de formas como *ditu(z)*, «él los ha» o *zitu(z)an*, «él los había» (*neurri cituan*, «midió», en la traducción del Libro de Ruth al euskara de Laudio, *Symbolae*, II, p. 1055 ss.). La regla del *hipervizcainismo* (término acuñado por él y empleado por vez primera, salvo error, en aquel trabajo, asunto sobre el que contamos con la contribución de Itziar Laka en varios números de *ASJU*), de todos modos, está bien explicitada, en p. 43: «algo es vizcaíno de lengua si y solamente si sólo aparece ahí y falta en las demás variedades de la lengua (de la cual se sigue suponiendo, sin embargo, que es dialecto el vizcaíno)». Claro que vaya Vd. a explicar a ciertas personas, algunas hasta con *cursus honorum*, que *gura* está en Aguirre de Asteasu y en Axular, por ejemplo, como *nahi* en cualquier página de autores vizcaínos antiguos y contemporáneos. En fin, el artículo termina, aunque de una forma forzosamente breve, suponiendo una lengua común, poco fragmentada, entre los siglos V y IX, por poner unos límites, en una Vasconia con una mayor cohesión que la generalmente admitida. Nótese, de paso, que la cantinela *Domuit vascones*, desde luego, de las crónicas godas, no hacía distinciones. Por desgracia, esos siglos oscuros lo son más por estos pagos, al menos de momento.

Se ha incluido también en este libro el corto artículo. «Euskararen izterlengusuak direla eta», de 1978, con advertencias (y reprimendas) sobre bibliografía y metodología.

En las «Notas sobre las lenguas de la Navarra medieval», de 1971, vemos planteada, entre otras, la famosa cuestión que si no trajera a la memoria conflictos del siglo XIX llamaríamos *vascongada*. En realidad, como dijo hace ya muchos años Justo Gárate, es muy difícil aceptar que los vascones dejaran en las tres provincias occidentales una modalidad de lengua que no era la suya. Naturalmente, a ese argumento cabe responder que un dialecto (en este caso dos, o dos y medio, por cierto) bien puede constituirse en un

espacio de tiempo, que aquí no conocemos. Pero Michelena insiste, con mucha razón, en que «una buena parte de las isoglosas vascas corren de norte a sur» (p. 76). Queda también señalado aquí que el vascuence de Navarra no salió nunca del registro *informal* o *casual*, como dice el autor, empleando el inglés, a lo que habría que añadir que en ello fue compañero de destino del romance del viejo Reino, es decir, del navarro-aragonés, que no nos ha dejado una obra literaria equiparable a la producida en otras hablas de la ancha Romania.

También sobre Navarra es el siguiente trabajo, «Notas lingüísticas a Colección Diplomática de Irache», que encabezó el primer volumen de *FLV* en 1969. Luis Michelena había sacado buen partido de otras contribuciones de José María Lacarra, y sobre todo de su *Vasconia medieval*, de 1957, y no desaprovechó este primer volumen de Irache, aparecido en 1965 (el segundo no lo haría hasta 1986, con la colaboración de Angel Martín Duque). No será necesario repetir que, a falta de otros textos, o, dicho de otro modo, ante la penuria de que hablábamos antes, en gran medida no hay más remedio, para el estudio de la lengua vasca, que el recurso a la onomástica y las noticias que se escapan en los entresijos de la documentación en latín y romance. El resultado excede, desde luego, lo que cabía razonablemente esperar en riqueza de datos y análisis. Sin embargo, hay que lamentar que el editor haya prescindido del índice onomástico que en aquel número de *FLV* seguía a este excelente trabajo. Era precisa, claro, una nueva paginación, pero no se nos antoja una dificultad de las de Sísifo.

De «Toponimia, léxico y gramática», de 1971, hay que destacar la primera parte, sobre los sufijos *-aga* y *-eta*, que, como indica el autor muy certeramente, se comportan como sufijos de flexión, sin afectar apenas a la composición de la palabra (compárense, v.g., *Arrieta* y *Ardui*). En la n. 9 se habla de «*Moscatuero* (Alava, 1025) que de seguir vivo, sería **Moscadero*». El asterisco lo podemos quitar, porque, efectivamente, existe en ese lugar un labrantío llamado *Moscadero*, en el ayuntamiento de Ribera Alta, según López de Guereñu, «Mortuorios o despoblados», *BAP* 14:2, 1957, s.v.². Al tratar del nombre de *Chinchetru*, tan entrañable para Michelena, como escribe, cabe añadir que en el nombre de San Román (de San Millán), en su forma oficial romance, única hasta hace poco, se produce una curiosa dicotomía: como apunta Michelena, al pueblo se le llama *San Róman*, con la normal evitación del acento agudo, pero es interesante añadir que se dice «las fiestas de *Durruma*».

Hemos hecho antes mención del artículo «Sobre la lengua vasca en Alava durante la Edad Media», de 1981, junto al que debiera quizá haberse publicado «Estratos en la toponimia alavesa», del año siguiente. Indudablemente, el acento alavés no es tan inédito como, con razón, se quejaba el autor, pero queda mucho por hacer. También de tema alavés es «*Apodaka*», aparecido en el Homenaje a Odón de Apraiz (1981), con la propuesta del étimo < *caput aquae*. Señalemos ahora en público, aunque el curioso lector lo sabe o lo puede saber por otros medios, que el lugar responde muy bien a esta interpretación, con el río Zalla o Lendia allí renovado.

2. Notemos igualmente que con posterioridad ha aparecido el libro de Gerardo LÓPEZ DE GUERENU GALARRAGA, *Toponimia alavesa, seguido de Mortuorios o despoblados y Pueblos alaveses*, número 5 de la colección «Onomasticon Vasconiae», Euskaltzaindia, Bilbao 1989.

Por avatares no del todo fáciles de comprender ni tan siquiera para el propio, se diría que a algunos *Iruñea*, el nombre vasco de Pamplona, con variantes, desde luego, como *Iruña*, *Uruña*, *Uriña* y *Pamplona* (sic), les parece poco menos que el demonio personificado de los rojo-separatistas o de los enemigos de la tradición. Una de las mejores pruebas de ese modo de pensar es el artículo aparecido en *FLV* 14, 1982, pp. 485-495, de Jesús María Zubillaga, quien ya en los dos primeros párrafos nos ponía en guardia contra «los promotores del *batua*», que «sin prueba alguna» y «sin demostración filológica alguna» tratan de «incrustar una *-e-* en la voz *Iruña*», todo lo cual resulta «intolerable».

Ya sabíamos que el analfabetismo no conoce límites, ni tampoco colores políticos, y debemos censurar esta muestra de ignorancia, del mismo modo que hay que censurar disparates como *Iruñeako asasinatzea* (sic!!), título de una novela, cuya segunda edición, si el autor fuera tan afortunado, convendría rezase *Iruñeko* + lo que sea, todo menos *asasinatzea*. O sea, que el nombre vasco de Pamplona, si se quiere, el nombre clásico de Pamplona en lengua vasca, es *Iruñea*, con *-a* como artículo, por lo cual se declina *Iruñeko*, *Iruñe-ra*, *Iruñe-an*, etc., como *Bizkai-ko*, etc., pese a la insistencia de algunos locutores de ETB, por ejemplo. Y esto es precisamente lo que demuestra Michelena en otro de los trabajos de este libro, tomado del Homenaje a Lafitte, de 1983 (también sobre la declinación de *Iruñea* hay una breve nota en este mismo volumen, p. 231). Todos los aspectos pedagógicos se explicaban con meridiana claridad en el librito *Nomenclator de municipios del País Vasco / Euskal Herriko udal izendegia*, Bilbao 1979, pero sigue habiendo gente que prescinde de la lectura. ¿Es menester que agreguemos que, pese a lo dicho, los nombres de las ciudades están sometidos a mudanza, como todos los demás, y que no sería necesariamente el fin del mundo si algún día todos o la mayoría de los vascohablantes, por efecto diríamos natural o/y por disposición oficial, dejan de llamar así a la capital navarra? Después de todo, como nos informa Campomanes, que no es contemporáneo de Viriato, por cierto, San Sebastián se decía *Donestea*, y aún hoy se expresan algunas dudas acerca de la aceptación social de *Bilbo* en lengua vasca, forma propuesta por Euskaltzaindia atendiendo al uso de los vascohablantes occidentales, y que consta al menos desde 1794, por encima de la forma anterior atestiguada, por ejemplo, en Garibay, n.º 139: *Bilbao, an vere dongueac virao*, traducido «Bilbao, tambien alla allí [sic] el malo maldicion» (vide el dictamen académico en *Euskera* 28:1, 1983, p. 125 ss.).

Probablemente Michelena pensaba en «El elemento latino-románico en la lengua vasca» y en «Notas fonológicas sobre el salacenco», los dos trabajos incluidos a continuación, cuando se quejaba de la mala suerte que le había perseguido con las publicaciones. El primero de ellos fue escrito para la truncada *Enciclopedia Lingüística Hispánica* (que iba a constar de seis volúmenes, además de suplementos) y finalmente apareció en *FLV* el año 1974, mientras que las *Notas* se presentaron en el Tercer Congreso de Estudios Pirenaicos, celebrado en Gerona en 1958, quedando fuera de las *Actas* (Zaragoza 1963) «por causas no bien aclaradas», como dice el autor, y viendo la luz en *ASJU* en 1967. En su obligada brevedad, difícilmente podrá encontrarse una exposición tan completa del tratamiento de los préstamos latino-románicos como ésta. Algunas pocas erratas enturbian un tanto esta edición, por ejemplo en la p. 209, en cuya primera línea hay que leer *-nn-* a

propósito de *an(h)oa*, «provisiones de viaje» < lat. *annona* (palabra vasca no desconocida entre la gente de cierta edad de Ataun, como pude comprobar hace unos veinte años, y que en *Arbol zarraren kimuak*, de José Azpiroz, San Sebastián 1988, p. 21, se escribe *anaoa*, añadiendo el autor que, a su parecer, el término ya no se emplea; recuérdese la nota de Oihenart en su Vocabulario; '*anboa*, c'est la pitance de Pasteur'). Sobre *borthitz*, p. 214 y n. 101, no veo en los diccionarios el sustantivo masculino *fortiz*, con acento agudo, «olor fuerte de algún alimento», usual en el castellano de Alava. Observemos, de paso, que en el epílogo hay una muestra, no única, ciertamente (véase el prólogo que escribió para el diccionario de Sarasola), del total desacuerdo de Luis Michelena con quienes, muy radicales en política, acaso, evidencian una lastimosa servidumbre léxica y morfológica hacia el castellano (porque, como se sabe, es el castellano el modelo exclusivo de los tales).

«A note on old Labourdin accentuation», de 1972, ha de leerse, aunque no lo diga el autor en el epílogo, teniendo a mano la segunda (o la tercera, naturalmente) edición de *Fonética histórica vasca*, con la conocida extensa adición sobre el acento, y este asunto vuelve a tratarse en el siguiente trabajo, «Acentuación alto-navarra», de 1976. Aquí, en el epílogo se sostiene con razón, disintiendo de Ondarra, que Lizarraga no repartía los acentos a capricho.

En «Egunak eta egun-izenak» (1971) había soluciones a viejos problemas, como la etimología de vizc. *bari(a)ku*, «viernes», pero en el epílogo Michelena no recoge otra posterior: si bien en *larunbat* veía ya *-bate* y no *-bat*, hay que recordar que en la segunda ed. de *Fonética histórica vasca*, p. 501, se decide francamente por **la(g)uren + bate*, el primer miembro con *r* disimilatoria, y *bate* viejo sustantivo verbal (es decir, < *bat + -te*), «reunión de amigos», cf. *neskenegun* en algunos dialectos el mismo nombre del sábado (estas cuestiones nos hacen soñar que quizá alguna vez alguien se anime a poner al día, por desgracia definitivamente, el útil libro de Juan José Arbelaiz, *Las etimologías vascas en la obra de Luis Michelena*, Tolosa 1978). A propósito de *eztegu*, y aunque éste no sea el lugar para extendernos sobre el asunto, ¿por qué no considerar que *egu*, lejos de ser una forma abreviada (*Fonética histórica vasca*, p. 138) y falta de algo (ver en este libro que comentamos, p. 278), es precisamente el origen, y *egun* la forma secundaria, que desde el inesivo arcaico, *egu-n*, pasó a ser nominativo, manteniéndose como adverbio, «hoy»? Uno encuentra en Tartas *egu arguian* (y *egu arguiz*, casi en la misma línea), «a la luz del día», *RIEV* 3, 1909, p. 565, y le cuesta creer que las cosas puedan haber sido de otro modo.

Releyendo «Nombre y verbo en la etimología vasca» (1970), con la brillante resolución del galimatías de *-din* y afines, y en particular la n. 38, en referencia a *ibiltain*, «andariego», < **ibilta-dun* < **ibilte-dun*, me parece que no se ha insistido suficientemente en la abundancia de nombres, sobre todo, que provienen del sustantivo verbal, y piénsese, v.g., en *jatetxe*, *ikustaldi*, *ikasturte*, *egipide* (< **egite-bide*, al lado de *eginbide*, aquí con el participio como primer elemento), *itaune* (de **egite-une*, como *egikune*, «contrato» en Añibarro). Sigo creyendo que esta explicación es preferible a cambios y adiciones de *t* como quiere Villasante, *Palabras vascas compuestas y derivadas*, Oñati 1974, p. 39.

Probablemente cabía pedir una redacción más ordenada en «Notas

sobre compuestos verbales vascos», que Michelena publicó en 1977 en la Miscelánea a García de Diego. Sorprende, en efecto, la discusión del problema del pasivismo, para decirlo de una manera resumida, al final del trabajo, y, por otro lado, el lector se pregunta por qué se aplica un criterio restrictivo al citar verbos compuestos. Desde un punto de vista morfológico, *gogourritu*, *erdietsi*, *atsekabetu*, *segurtatu* o *gauzaeztandu*, son verbos que pueden solicitar con los mismos derechos su entrada en esta categoría de compuestos, con las debidas subdivisiones.

No podemos detenernos en las cinco notas, en su mayoría etimológicas, contenidas en una contribución al *Festschrift Giese* (1972), ni en el trabajo sobre Iztueta (escrita en 1973 y aparecida en 1978). Digamos solamente que, por chocante que sea, Iztueta, un mucho *chauvin* guipuzcoano, por cierto, se nos presenta partidario del carlismo, no sabemos si del puro y duro.

El libro termina con las cuatro series de «Miscelánea filológica vasca», publicadas en *FLV* en 1978 y 1979, que casi se puede decir que marcaron una época de la revista, con algunas de las notas ampliadas en artículos posteriores, como el problema del orden de las palabras en «Galdegaia eta mintzagaia euskaraz» de *Euskal linguistika eta literatura: bide berriak*, Bilbao 1981. Acerca de (*arçen*) *çainet*, «te tomo», de la p. 387, comentado por Michelena en *Textos arcaicos vascos*, p. 151, como forma no documentada y anómala, nos resulta evidente, como quizá a Michelena, que se trata de una forma híbrida, con marcas de los dos tratamientos de segunda persona *hi* y *zu*. A propósito de *gar(h)aita*, «victoria», p. 430 (a los testimonios puede añadirse *garaitiaren berria*, Larregui, I, 316), uno siente, pese a todo, la tentación de buscar una fuente común en un sustantivo verbal *gar(h)aita*, pensando en el fenómeno *-a/-ea*, más extendido de lo que algunos suponen, como se señaló en *Fonética histórica vasca*. Desgraciadamente, en las pp. 431-433 hay un cambio de páginas, lo que nos vuelve a advertir de la importancia de la corrección de pruebas, *more antiquo*, hasta el momento en que el libro va a entrar en el horno y aún después.

Endrike Knörr

Universidad del País Vasco
Miembro de Euskaltzaindia

LABURPENA

Lan hau Koldo Mitxelena zenaren *Palabras y textos* artikuluko bilduma liburuaren kontu-ematea da. Euskal gaiezko artikulua bildu dira liburu horretan, harez gero agertu den *Sobre historia de la lengua*-n bezala. Geure iruzkinean Mitxelenaren zenbait ekarpen garrantzitsu azpimarratu ditugu eta, bestalde, bizpahiru proposamen egin, hala nola *egü* jatorri-, ez konposaketa-formatzat. Liburuaren prestaeran argitaratzailea kontuzago ibiltzea eskertzekoa izanen zatekeela esan dugu ere.

RESUMEN

Este trabajo es una recensión del libro de artículos de Mitxelena *Palabras y textos*. En ese libro se han reunido artículos sobre temas vascos, como en *Sobre historia de la lengua*, aparecido posteriormente. En nuestra recensión destacamos algunas relevantes aportaciones de Mitxelena, al tiempo que hacemos dos o tres propuestas, como el considerar *egu* no como forma de composición o secundaria, sino como primitiva palabra. También decimos que en la confección de este libro hubiera sido de desear un mayor esmero por parte del editor.

RESUME

Ce travail est un compte rendu du recueil d'articles de Mitxelena *Palabras y textos*. Dans ce livre on a rassemblé divers articles sur la langue basque, de même que dans *Sobre historia de la lengua*, paru depuis lors. Dans notre compte rendu nous mettons en relief quelques contributions importantes de Mitxelena, et au même temps nous faisons deux ou trois propositions, par exemple, celle de considérer *egu* non comme une forme de composition ou secondaire, mais comme un mot primitif. Nous disons aussi qu'on aurait souhaité une confection plus soignée du livre de la part de l'éditeur.

SUMMARY

We review here Mitxelena's *Palabras y textos*. In that book are collected some articles about Basque, the same as in *Sobre historia de la lengua*, appeared since then. We high-light some important contributions of Mitxelena, and, at the same time, we make some proposals, for example, the consideration of *egu* not as a composition or secondary form, but as the primitive word. We say too that it would be desirable a more accurate confection of the book by the editor.